

EL GENIO

DIETER EISFELD

TRADUCCIÓN DE PILAR GIRALT GORINA



VOLCANO

Título original: «DAS GENIE»

Publicado originalmente en 1986, en Zurich, por Diogenes Verlag AG.

Primera edición en VOLCANO Libros: febrero 2018

Copyright © Dieter Eisfeld, 1986.

© de la traducción: herederos de Pilar Giralte Gorina, 1987

© de la presente edición: PÁPEL K Editorial S.L.

VOLCANO Libros

C/ Ávila, 1- 1ªA. 28231 Las Rozas, Madrid (España)

www.volcanolibros.com

Diseño de colección: Javier García

Diseño gráfico: Mikel Escalera

Maquetación: Sandra Rodríguez

IBIC: FA

ISBN: 978-84-947471-3-7

Depósito Legal: M-34975-2017

Impreso en Kadmos. Compañía, 5, 37002 Salamanca (España)

Todos los derechos reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato.

Este libro ha sido impreso en papel Natural de J. Vilaseca, un papel neutro de noventa gramos, sin colorantes y respetuoso con el medioambiente. El texto principal ha sido compaginado con la tipografía Adobe Caslon Pro en cuerpo 11,5.

ÍNDICE

Nota del editor	9
Advertencia	11
1. La familia Zabor	13
2. La guerra y la escuela	25
3. La carrera	37
4. Primera actividad profesional	51
5. Planes y proyectos	63
6. El Globe de Munich	77
7. La experiencia de la ventana	89
8. Problemas particulares y la meteorología	95
9. Trabajo y fracasos	103
10. La máquina meteorológica	115
11. Los experimentos de Munich	129
12. Agosto en noviembre	139
13. El tiempo como mercancía	145
14. La ley meteorológica del Bundestag	159
15. El triunfo de la técnica	175
16. La destrucción de la Europa Central	185
Contemporáneos sobre Zabor	199

Entre la Naturaleza y yo
se desarrolla una gran batalla
porque debo mejorar la Naturaleza.

SALVADOR DALÍ

NOTA DEL EDITOR

Esta novela, querido lector, se publicó por primera vez en Alemania, en 1986, con el título de *Das Genie*, y al año siguiente fue publicada en España por la editorial Seix Barral. Una novela que yo no conocía hasta que muchos años después leí *La tierra herida* (Destino, 2005), el libro que recrea la conversación sobre el futuro de la Tierra entre «un estudioso de la Naturaleza» —Miguel Delibes de Castro— «y un ciudadano, como soy yo —decía su padre, el escritor—, ignorante pero preocupado». En una de sus respuestas en relación con el cambio de las temperaturas, el biólogo Miguel Delibes mencionaba haber leído hace años, «cuando el cambio climático tan solo comenzaba a ser un tema de conversación, una novela que me llamó mucho la atención y tenía que ver con esto. La buscaré en casa, pero recuerdo que se titulaba *El genio* y es de un alemán, Dieter Eisfeld».

Por esa misma razón también yo la busqué, la leí y pensé que, aunque hubieran pasado más de treinta años, podría ser todavía de interés para una nueva generación de lectores preocupados por el clima y el futuro de nuestro planeta. Ahora la pongo de nuevo en sus manos —como plata recién bruñida— con la esperanza de que su lectura sea un granito de arena que contribuya a cuidar y respetar nuestra casa común.

JAVIER GARCÍA, diciembre de 2017

ADVERTENCIA

YAN ZABOR SE DISTINGUE DE OTROS grandes naturalistas del siglo XX en que su obra quedó destruida en el mismo momento en que se hizo visible para todos. De Albert Einstein perduraron para la Humanidad fórmulas y teorías físicas con las cuales sus sucesores han podido trabajar hasta la época actual. La fisión nuclear del átomo, conseguida por Otto Hahn en colaboración con otros, se ha convertido entretanto en la base de una floreciente industria armamentística. Los inventores de los rayos láser o de la televisión, de los cohetes lunares y de la influencia genética legaron técnicas descritas con exactitud para su aprovechamiento ulterior. En cambio, de Zabor solo quedó la experiencia de que su grandioso método para la «manipulación discrecional del tiempo» funcionaba, cualquiera que fuese su fórmula física. El hecho de que se autodestruyera en el mismo instante, convierte a Zabor en el paradigma de todos los genios naturalistas de nuestra época. Su experimento ya ha dejado atrás el destino que probablemente aún espera a los experimentos atómicos, biológicos, químicos y similares, a saber: el de destruirse a sí mismo, arrastrando consigo a la Humanidad.

D. E.

Siracusa, abril de 1996

1

LA FAMILIA ZABOR

YAN ZABOR NACIÓ EL 26 de abril de 1934 cerca de los cuarteles de la ciudad portuaria de Emden, al noroeste de Alemania. La ciudad no había producido antes que él a ningún hombre de su genialidad, exceptuando tal vez a Menno Simons, fundador en 1543 de la comunidad menonita, que se extendería hasta Rusia y los Estados Unidos y protegería en Holanda al gran filósofo Baruch Spinoza. Aunque nacido en la Frisia oriental, no sería exacto llamar frisón oriental a Zabor. Por una parte, su familia tuvo que abandonar Emden a causa de la guerra en 1941, cuando Zabor acababa de cumplir siete años. Más adelante volvería algunas veces a su ciudad natal, pero sus estancias serían solo de unas pocas horas. Por otra parte, sus padres y los antepasados de estos procedían de Austria y de la provincia fronteriza de Brandeburgo. En realidad, Zabor era más vienés, como su madre, y más berlinés, como su padre, que frisón oriental. Su vida posterior fue en cierto modo producto de la herencia de estas dos metrópolis, a las que en el fondo se sentía vinculado.

A pesar de ello, no dejó en toda su vida de considerarse unido a su ciudad natal, de una forma abstracta, por así decirlo. Conservaba de ella una imagen clara, alimentada por muy pocos recuerdos de la infancia, y en parte irreal, aunque al mismo

tiempo extraordinariamente viva. Coleccionaba toda la literatura disponible sobre su ciudad y se enfrascaba en la contemplación de ilustraciones, «como si pudiera volver a encontrarse en ellas». En su imaginación se formó al cabo de un tiempo una ciudad que no existía pero que contenía todo lo que Zabor esperaba de ella. También en este aspecto se revelaba una característica que sería determinante en su vida. Creía que a partir del siglo xx los seres humanos ya no dependían en realidad de la Naturaleza, sino al contrario, la Naturaleza dependía de los seres humanos. Sus dictados serían anulados, por una u otra razón, por los dictados de los hombres. De esto se desprende que la realidad auténtica es la realidad de la imaginación humana y también Emden es hasta cierto punto diferente de lo que parece, porque Yan Zabor la ve así.

Nacido y «abandonado a la Naturaleza defectuosa», Zabor estaba en el fondo conforme con todo: con el lugar de su nacimiento, la «elección» de sus padres y su desarrollo como niño y adolescente. Solo había una cosa con la que no podía estar de acuerdo: con el nombre que le habían dado. Del nombre de pila le disgustaba la rebuscada grafía: «Jan» habría sido más corriente y «Jann», como se llama el joven amante de la escritora de cabellos blancos, Marguerite Duras, más original. En cambio Yan, ¿qué significaba? El apellido Zabor se le antojaba demasiado abstracto, porque con él era imposible evocar algo vivo o material. Era, por así decirlo, un nombre sin antecedentes concretos, incluso cuando se jugaba con las letras, cambiando su orden. Además, sus iniciales correspondían a las dos últimas letras del alfabeto: Y. Z. ¿Significaba esto algo y, en caso afirmativo, qué? Suspicious como era, Zabor adivinaba tras esta casualidad una indicación de su destino: «¿Seré causante de mi desgracia o de la desgracia ajena?».

Al parecer, su apellido, analizado lingüísticamente, procedía del húngaro. Se ignora, sin embargo, si su padre tenía un antepasado húngaro. Al final Zabor inventó un nombre de repuesto

que en 1980 se hizo imprimir en broma en sus tarjetas de visita con el fin de tomar el pelo a ciertas personas. Se llamó a sí mismo «Iseppo Cantile», nombre que podía convenir a un gondolero veneciano del siglo XVIII pero no a un investigador naturalista de la Frisia oriental del siglo XX. «Precisamente porque me faltaba un nombre más expresivo —se dice que contestó a esto Zabor—, se me escatimó la vida que le hubiera correspondido (en mi caso, la de un gondolero de Venecia)». Sus padres, sus mujeres y sus amigos tenían que llamarle de otro modo, es decir, Jean-Jacques, lo cual interpretaban como una irónica alusión a Rousseau, el hombre que a diferencia de Zabor no predicaba el alejamiento de la Naturaleza, sino el regreso obediente a ella. Solo una cosa gustaba a Zabor aún menos que su nombre: ser fotografiado. Apenas existen fotografías suyas y esto en una época en que todo se plasmaba en imágenes.

Zabor amaba a sus padres y durante toda su vida mantuvo un estrecho contacto con ellos. El aislamiento en que vivía a causa de su separación de la Naturaleza y de cuantos vivían en comunión con ella, concedió aún más importancia a sus padres. Su madre, Franziska Schober, y su padre, Michael Zabor, se conocieron por casualidad en un tranvía de Munich en 1931. Se apearon de él por separado en la misma parada y ambos echaron de menos sus paraguas. Subieron de nuevo al tranvía y se encontraron de pronto juntos ante un banco de madera sobre el que había un único paraguas olvidado. De modo característico, los dos afirmaron que era el suyo y ninguno se mostró dispuesto a ceder. Fuera, llovía a cántaros. Michael Zabor propuso en broma que, si no querían mojarse, se verían obligados a resguardarse bajo el mismo paraguas. Debió quedar asombrado cuando Franziska Schober se lo tomó al pie de la letra.

—Soy —observó más tarde Yan Zabor— la consecuencia de que alguien pierda en primer lugar su paraguas y después no sepa qué aspecto tenía. La lluvia, es decir, el tiempo at-

mosférico, reunió a mis padres y me ayudó a nacer. No puedo imaginarme nada más consecuente.

Después de un café y «mil cartas», su destino ulterior les condujo en 1932 a una oficina de registro civil de Berlín-Moabit, «a la sombra de los muros del correccional», como explicó más tarde Michael Zabor a su hijo Yan. Vivieron un año en Berlín y entonces abandonaron de mala gana la turbulenta capital del Reich para trasladarse a la ciudad provinciana, más tranquila, de la Frisia oriental. El día de su llegada a Emden ya pensaban con alegría anticipada en el día de la partida cuando, por lo menos de acuerdo con sus deseos, volverían a Berlín o, en su defecto, irían a Viena. También estos planes fracasarían a causa de la situación política de mediados de siglo, cuando los hombres se convirtieron en juguete de las dictaduras y las guerras.

La madre, nacida en 1909 en la Domgasse vienesa, cerca de la catedral de San Esteban, estaba muy vinculada a la dinastía musical de los Strauss. Su padre, Ferdinand Schober, había estudiado violín y después violoncelo, y en su juventud participó en la gira de conciertos por los Estados Unidos de América de la orquesta creada en 1844 por Johann Strauss y dirigida después por su hermano Eduard. Allí se disolvió para siempre, en 1901, y Ferdinand Schober tuvo que ganarse la vida en diversos teatros de Viena. En el teatro Raimund acompañó desde 1910, «con resignada desesperación» y durante años, el *Dreimäderlhaus* de Berté y Schubert. Entraba en cafés, sobre todo en el Sperl, y daba lecciones. Compartía el destino de numerosos instrumentalistas que dominaban demasiado bien su instrumento para elegir una de las llamadas profesiones burguesas, pero no tan bien como para iniciar una carrera musical de prestigio. Cuando aún iba a la escuela, el viejo Johann Strauss le llevó a una de sus operetas y le sentó en una silla entre bastidores para que percibiera desde muy cerca los tonos, palabras e imágenes. Esta experiencia le dio ánimos para probar suerte en la música.